

## NUEVA LECTURA DE LAS MEMORIAS DE GEORGE F. KENNAN

MIGUEL S. WIONCZEK

EN MAYO DE 1980, después de la “pérdida de Irán”, el órgano oficial de la *American Association for Advancement of Science* publicó un artículo<sup>1</sup> en el que se analiza el papel que los especialistas estadounidenses en Medio Oriente desempeñaron en la formulación de la política de su país hacia Irán durante los años finales del mandato del Sha. Ese papel —dice el artículo de *Science*— fue prácticamente nulo, porque nadie en Washington, a fines de los años setenta, pensó en cómo utilizar esos conocimientos y ese apoyo intelectual. Fue en el momento en que la Casa Blanca, el Consejo Nacional de Seguridad y los Departamentos de Estado y Defensa no tuvieron dudas de que habían fracasado los recursos para restituir al Sha en el poder, y de que era remoto el éxito de la misión para rescatar los rehenes en Teherán, cuando se llamó a Washington, apresuradamente a unos cuantos expertos en Irán. Estos especialistas, provenientes de Columbia, Harvard y otras instituciones, participaron en un breve seminario con el que entonces era Secretario de Estado, Cyrus Vance, y sus principales asesores diplomáticos y militares sobre Medio Oriente. El tema de esa reunión improvisada fue “la manera de salvar a los rehenes estadounidenses en Teherán”. Ese tema —declaró el distinguido grupo de expertos ante el Secretario de Estado— no venía al caso y era contraproducente. Según ellos, la única forma de resolver la crisis era entender la posición iraní después de la caída del Sha, y ofrecer pruebas de que Estados Unidos comprendía que la revolución de Irán era un acontecimiento político con bases tan intangibles como el deseo de ser reconocida una nación con *status* y dignidad.

Esta anécdota, que ilustra la falta de conocimiento elemental sobre los demás países del mundo (disponible, más que en cualquier otra parte, en el ámbito académico de Estados Unidos) quedó en mi mente varios años. Revivió su recuerdo el deterioro de las relaciones entre soviéticos y estadounidenses, que se manifestó en la interrupción de las negociaciones START e INF de Ginebra en diciembre de 1983. La ruptura, largo tiempo esperada, condujo a nuevos exámenes de conciencia —fuera de los círculos oficiales estadounidenses— respecto a las causas reales de ese desastre. En ese invierno (1983-1984) se escucharon muchas voces en Washington (y otras partes) seguras de que la

<sup>1</sup> Nicolás Wade, “Vance in Last Act Turned to Iran Scholars”, *Science*, 208 (1980), p. 687.

política de Estados Unidos hacia sus aliados europeos y hacia la URSS provocaría serias dificultades, porque la manejaba un grupo de personas que, a pesar de sus altos cargos, eran ignorantes de la materia. Su falta de competencia mínima en política internacional fue causa de que, en un lapso relativamente corto, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética llegaran a los niveles más bajos de los últimos sesenta años y provocó la crisis en la cooperación militar y política dentro de la OTAN.

La preocupación de Estados Unidos por el inquietante estado de sus relaciones con el mundo es mayor de lo que suponemos. Atraviesa líneas políticas y escuelas ideológicas tradicionales; la expresan públicamente los que participaron en el control de armamento y desarme antes de 1981, científicos preocupados por los peligros del enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias, y un gran número de figuras públicas, desde el ex-Secretario de Defensa Robert S. McNamara y varios militares retirados de la más alta jerarquía, hasta, créase o no, gurús del *establishment* intelectual “neoconservador” actual como Irving Kristol. McNamara opina que la política de armamentos nucleares de Estados Unidos sencillamente carece de sentido diplomático, militar o estratégico,<sup>2</sup> y Kristol cree que “se necesita una reconstrucción para salvar la agnizante alianza del Atlántico”.<sup>3</sup>

El fracaso de la política exterior de Estados Unidos hacia la URSS y en la OTAN se debe, dice la principal corriente crítica, a quienes están a cargo de la política en ambos casos. Éstos son, por un lado, amigos íntimos del presidente Reagan que poco o nada saben de la intrincada elaboración de la política extranjera de una potencia de la magnitud de Estados Unidos hacia cualquier país o región; por otro, “el complejo militar industrial” de Eisenhower que se prepara para lo inevitable en una confrontación nuclear a largo plazo con “el origen del mal”: la Unión Soviética.<sup>4</sup>

Los críticos (cualquiera que sea su matiz ideológico) del deplorable estado de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, parecen coincidir en que hoy en día falta el profesionalismo, el conocimiento de los adversarios (o enemigos) de Estados Unidos que existía en Washington al iniciarse el período de la postguerra. Y, peor aún, el cúmulo de conocimientos especializados sobre la Unión Soviética puede desaparecer en poco tiempo si las cuestiones de política soviética se dejan exclusivamente en manos de fanfarrones incompetentes, ideólogos confundidos, productores de armas interesados en aumentar ganancias y estrategias ingenuos condicionados por la tecnología militar.

Quizás no sea casual que en la primavera de 1984 hayan aparecido múltiples reflexiones nostálgicas en los diarios y revistas científicas más serios de

<sup>2</sup> Robert S. McNamara, “The Military Role of Nuclear Weapons”, *Foreign Affairs*, otoño de 1983.

<sup>3</sup> Irving Kristol, “What’s Wrong with the NATO?”, *The New York Times Magazine*, 5 de septiembre de 1983.

<sup>4</sup> Véanse explicaciones detalladas sobre estos preparativos en un artículo espeluznante de Leslie H. Gelb, “Is the Nuclear Threat Manageable?”, *The New York Times Magazine*, 4 de marzo de 1984.

Estados Unidos.<sup>5</sup> Es posible que esa información refleje la opinión de una parte de la comunidad oficial de Washington, en especial —más no exclusivamente— del Departamento de Estado y del Servicio Exterior: se ha ido ya el tiempo de los grandes especialistas estadounidenses en cuestiones soviéticas, que tenían contacto directo con los problemas bilaterales Estados Unidos-Unión Soviética, como George F. Kennan, Charles E. Bohlen y Llewelyn E. Thompson (principales consejeros sobre asuntos soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial). Y no sólo no ha surgido en Estados Unidos una nueva generación de especialistas-diplomáticos (según afirman los críticos del *Foggy Bottom* y otras revistas), sino que el acervo de conocimientos cualitativos y cuantitativos sobre la Unión Soviética continúa deteriorándose de manera uniforme. Las razones parecen ser simples: en la burocracia actual de Washington no hay ni mercado para tales conocimientos ni fondos para investigación.

Según análisis de C. Holden (cf. nota 5), en la época en que el presupuesto militar de Estados Unidos crece a pasos agigantados y llega al nivel más alto de su historia, se ha permitido el debilitamiento de la investigación y capacitación sobre el principal adversario de ese país, hasta el punto que, en opinión de muchos, están en el nivel más bajo desde la Segunda Guerra Mundial: “Los jefes del Departamento están afuera mendigando, las becas se agotaron, difícilmente alguien estudia ruso y las universidades del país producen en promedio media docena de doctores al año en relaciones internacionales soviéticas.”

Datos adicionales en el mismo análisis dan consistencia a la pesimista descripción de las circunstancias actuales. El apoyo gubernamental y privado para la investigación sobre la Unión Soviética y Europa Oriental en Estados Unidos declinó 77% entre 1968 y 1982 en términos reales. El gasto total en estudios soviéticos se estima actualmente en cerca de cinco millones de dólares anuales, pero el único fondo importante provino de un individuo con un interés personal, el ex-embajador W. Averell Harriman, quien en el otoño de 1983 donó once millones de dólares al *Columbia Russian Institute*, establecido en 1946 por la Fundación Ford, cuyo nombre actual es *W. Averell Harriman Institute for Advanced Studies of the Soviet Union*. Considerando incluso la donación de Harriman y una disposición sancionada por el Congreso de Estados Unidos en diciembre de 1983 para proporcionar al Departamento de Estado un presupuesto para estudios soviéticos de cinco millones de dólares anuales durante diez años, todos estos recursos financieros parecen irrisorios cuando se comparan, por ejemplo, con los gastos de la CIA en acciones encubiertas contra Nicaragua o con los costos de la malograda expedición de infantes de marina estadounidenses a Beirut. Además, cualquier persona familiarizada con el sistema de educación superior de Estados Unidos y con el rumbo cada vez más definido de las relaciones entre este país y la URSS hacia una posible confrontación militar, debe tener serias dudas de que el debilitamiento de los conocimientos

<sup>5</sup> Constance Holden, “A Comeback for Soviet Studies”, *Science*, 223 (1984); Leslie H. Gelb, “The Bureaucracy. For Soviet Experts, a Fading Dream”, *The New York Times*, 12 de marzo de 1984.

en este campo puede atenderse asignando tan sólo un poco más de dinero a las investigaciones especializadas.

Paradójicamente, el comentario más pertinente al respecto es de un antiguo refugiado soviético, Dimitri Simes (en la actualidad con el *Carnegie Endowment for International Peace*), quien opina: "Los estadounidenses sólo necesitan un consejero diplomático de alto nivel cuando la prioridad máxima es el mejoramiento de las relaciones con la Unión Soviética, y no es ese el caso ahora. Lo inquietante es esta falta de espíritu de negociación, no la ausencia de un consejero diplomático de alto nivel."<sup>6</sup>

Quizá el ex-ciudadano soviético también estaría de acuerdo con la descripción del estado de las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, presentada el otoño de 1983 por nada menos que George F. Kennan, a quien algunas personas de Washington echarán de menos (en el Departamento de Estado y el Servicio Exterior): "Parece haberse venido abajo el carácter cívico y de reserva en la comunicación entre los dos gobiernos. Se ha permitido la infiltración de antagonismos, recelos y cinismo en las reacciones de cada parte a las declaraciones y acciones de la otra. La discusión pública de las relaciones entre los dos países ha llegado a militarizarse casi por completo, al menos en este país. A militarizarse hasta el punto que el lector u oyente fortuito se ve obligado a concluir que algún tipo de emplazamiento militar es el único *dénouement* de sus múltiples diferencias; el único que merece la pena considerar y discutir [. . .] Los fenómenos que se acaban de describir, los cuales ocurren en las relaciones entre dos grandes potencias armadas en grado sumo, son las características comunes, las características infalibles de la marcha hacia la guerra. Eso, y nada más."<sup>7</sup>

Bajo las condiciones descritas por Kennan, poco importa, en realidad, si existe en Estados Unidos un conjunto de conocimientos equilibrados y razonablemente objetivos sobre la Unión Soviética y sus formas particulares de tratar con el Occidente, a menos que se acepte —y prácticamente ninguno de los encargados de las relaciones Estados Unidos-Unión Soviética manifiesta disposición para hacerlo— la premisa básica de toda la vida de Kennan: "Por muy complicadas que puedan ser sus relaciones con Occidente, la cúpula [soviética] no desea una guerra a gran escala; tiene verdadero interés en evitar dicha guerra y, dándosele oportunidad, llegará muy lejos en su entendimiento con nosotros para evitarla" (cf. nota 7).

Este escritor, que tuvo oportunidad de seguir muy de cerca la evolución de las negociaciones START e INF de Ginebra entre la primavera de 1981 y el otoño de 1983, tuvo acceso a copiosa información de primera mano de que, hasta junio de 1983, la Unión Soviética se encontraba sumamente interesada en las negociaciones formales sobre el desarme nuclear sin que la otra parte le diera la menor oportunidad. En junio de 1983, los participantes sovié-

<sup>6</sup> Véase el artículo de L.H. Gelb citado en la nota anterior.

<sup>7</sup> George F. Kennan, "Reflections. Breaking the Spell", *The New Yorker*, 3 de octubre de 1983.

ticos en las conversaciones START e INF declararon en repetidas ocasiones, dentro y fuera de las negociaciones, que estaban cansados de jugar en manos del presidente Reagan al pretenderse que las negociaciones de Estados Unidos buscaban seriamente una transacción. Los soviéticos dijeron con toda claridad que abandonarían las reuniones de Ginebra el día que Estados Unidos emplazara los misiles Pershing II y Crucero en los países de la OTAN. Como lo demostraron los hechos, los soviéticos no fanfarroneaban. Realmente fueron muy serios.

Han reeditado los dos volúmenes de las memorias de Kennan,<sup>8</sup> que documentan sus experiencias en el campo de las relaciones soviético-estadunidense entre 1925 y 1963; en ese año, convencido de que su saber y asesoramiento no eran necesarios ni deseados en la política exterior de Washington, abandonó para siempre el servicio exterior. En la presente coyuntura internacional, estas memorias son lectura obligada aunque sólo sea porque su honestidad intelectual, objetividad y precisión proporcionan abundante información —con frecuencia olvidada— sobre las raíces del prolongado y continuo deterioro de las relaciones políticas de Estados Unidos y la URSS durante todo el período de la postguerra. Lo sucedido en las negociaciones de Ginebra en diciembre de 1983 no es resultado exclusivo de la ambigüedad del presidente Reagan entre 1980 y 1983; es la culminación del proceso iniciado en 1945-1946.

A fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, como el lector de sus memorias descubrirá fácilmente, Kennan esperaba este lamentable giro de los acontecimientos. No sólo sus memorias, sino los memoranda de la época al Departamento de Estado anexos a ellas (acaso leídos sólo ocasionalmente por los destinatarios, como hace notar Kennan con franca amargura) demuestran *ex post*, más allá de toda duda, la enorme capacidad analítica y predictiva del autor.

Debido a su sentido de la historia, a su formación intelectual, a su conocimiento profundo de la Rusia pre-soviética, revolucionaria y estalinista<sup>9</sup>, y a la lealtad (en la acepción más rigurosa del término) a su país, Kennan no pudo convertirse en combatiente incondicional e ingenuo de la guerra fría. En consecuencia, no encajó del todo —en términos convencionales— como uno de los principales expertos de Estados Unidos en asuntos soviéticos, terminadas las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial. Durante su carrera diplomática (suspendida abruptamente al declarársele en Moscú *persona non grata* en 1952, en vísperas de la muerte de Stalin), Kennan estuvo casi siempre en pugna con el *establishment* de Washington. Por razones que sólo el lector atento de sus memorias puede comprender, a Kennan se le recuerda en Estados Unidos como el padre de la “política de contención”. Esto, a su vez, lo convirtió ante el *establishment* soviético en el principal conspirador responsable de la polí-

<sup>8</sup> George F. Kennan, *Memoirs 1925-1950* y *Memoirs 1950-1963*, Panteon Books, Nueva York 1983 (originalmente publicados por Atlantic-Little Brown, Nueva York, 1967 y 1972).

<sup>9</sup> Véase George F. Kennan, *Russia and the West under Lenin and Stalin*, Nueva York, Little, Brown & Company, 1960.

tica estadounidense antisoviética de la posguerra. Sin embargo, Kennan era en realidad un profundo creyente de la coexistencia pacífica y de la *détente* progresiva entre las dos potencias, mucho antes de que la expresión apareciera en el lenguaje de liberales estadounidenses como el senador J. William Fulbright o los de la escuela académica "revisiónista" de los orígenes de la guerra fría, asociada a John Appleton Williams y sus partidarios.

Fiel a sus convicciones y armado con poderosos instrumentos analíticos sobre el comportamiento político soviético, Kennan albergó más tarde las más profundas dudas sobre los fundamentos de la doctrina Truman, la política de Estados Unidos hacia Alemania y el nacimiento de la OTAN.<sup>10</sup> Si todo esto no bastara para hacerlo el consejero de política exterior menos popular en los círculos oficiales de Washington por casi una década, Kennan argumentó *ex ante* en contra de que McArthur cruzara del paralelo 38 durante la guerra de Corea. En consecuencia, no sólo fue un pensador solitario y polémico ante la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Congreso de Estados Unidos, sino una *bête noire* en el sector militar del *establishment* estadounidense. El complejo militar-industrial difícilmente podía tolerar sus constantes advertencias, hechas en los años cuarenta y principios de los cincuenta, sobre las terribles consecuencias que tendría, para el futuro de las relaciones soviético-estadounidenses, la abdicación de las autoridades diplomáticas (el presidente y el Departamento de Estado) al quehacer político de Estados Unidos en Europa y el Lejano Oriente en favor de los militares.

La posición de Kennan era bastante simple: la victoria soviética en Europa Central creó el desafío político (no militar) más grave para la alianza occidental y tenía que tratarse por medios diplomáticos y no militares. Además, la Unión Soviética tenía capacidad para responder a las medidas políticas de Estados Unidos en varios frentes a la vez, no sólo en Europa. En opinión de Kennan, la guerra de Corea, por ejemplo, fue la respuesta soviética al establecimiento de la OTAN y no un accidente aislado.

Aun cuando execraba el manejo estalinista de las políticas exteriores y nacionales de la URSS, cuyos antecedentes y motivaciones comprendía a la perfección, Kennan no fue más tolerante con la arrogancia e incompetencia de quienes elaboraban la política exterior estadounidense. Consciente de que difícilmente podría influir en la posición soviética, pero, al mismo tiempo, creyendo en la existencia de procesos democráticos en Estados Unidos, y conocedor agudo del peligro que significaba el abandono axiomático de su país de cualquier intento por alcanzar algún tipo de *modus vivendi* con la Unión Soviética, Kennan se sintió obligado a expresar en voz alta sus pensamientos ante sus superiores cuantas veces pudo. Desafortunadamente, incluso hace un cuarto de siglo, su persuasión sólo era eficaz en personas de su talla intelectual o con su experiencia internacional. En el Washington de los años cuarenta y cincuenta tales personas eran en extremo difíciles de encontrar en las altas esfe-

<sup>10</sup> Véanse en especial los capítulos 13 ("The Truman doctrine"), 17 ("The North Atlantic Alliance") y 18 ("Germany") en el primer volumen de *Memoirs*.

ras. Actualmente, están por completo ausentes del *establishment* oficial.

Puesto que la sabiduría, la franqueza y la lealtad pocas veces pagan dividendos en la vida política y burocrática de las esferas más altas, la participación en la vida pública de Kennan terminó cuando tenía sólo cuarenta y ocho años de edad. Si aceptamos la valoración que hace Kennan de su breve estancia como embajador en Belgrado a principios de los años sesenta como una especie de asunto fortuito, significa ésto que el *establishment* político de Estados Unidos rehusó —en momentos decisivos para la conformación de lo que ocurriría en los treinta años siguientes— la ayuda y asesoramiento de una de las más brillantes mentes políticas del país, al excluir su participación en la elaboración de políticas exteriores, campo que Kennan quizá haya conocido mejor que todos los Secretarios de Estado juntos del último cuarto de siglo. No es de sorprender entonces que las memorias de Kennan, libres por completo de todo rencor o amargura personal, transmitan de manera discreta las sensaciones derivadas de las profundas frustraciones de una mente excepcional, acompañadas —después de su prolongado contacto con la vida del *establishment*— de serias reservas sobre la eficiencia de los procesos democráticos de su país.

Actualmente, según dice el prestigioso *Bulletin of the Atomic Scientists*, faltan quince minutos para las doce, es decir nos encontramos más cerca que nunca de una guerra nuclear entre las dos superpotencias. Las discusiones públicas en el alto mando militar de Estados Unidos sobre la elección de la estrategia nuclear adecuada para la Tercera Guerra Mundial, están a la orden del día.<sup>11</sup> El gobierno de Reagan destinó por lo menos 30 000 millones de dólares para armas nucleares y sistemas afines en 1983, pese a que, *grosso modo*, Estados Unidos puede destruir por completo a la Unión Soviética doce veces y la Unión Soviética puede hacer lo mismo con Estados Unidos unas ocho veces.<sup>12</sup>

Digan lo que digan las recientes doctrinas de Estados Unidos sobre estrategias nucleares, el hecho es que los planes estadounidenses para una guerra nuclear estratégica incluyen más de 40 000 blancos potenciales en la Unión Soviética, en comparación con sólo veinte a fines de los años cuarenta y unos 25 000 hace menos de una década.<sup>13</sup> Es más tarde de lo que, incluso personas relativamente bien informadas de todo el mundo, piensan. Ante esta aterradora incertidumbre debe difundirse la lectura de las memorias de Kennan. Por lo menos nos dirán con toda honradez cómo llegamos a los quince minutos para las doce.

<sup>11</sup> Thomas Powers, "Choosing a Strategy for World War III", *The Atlantic Monthly*, noviembre de 1983.

<sup>12</sup> Gerald F. Seib, "U.S. ordered \$30 Billion of Nuclear Arms and Related Systems in 1983, Study Says", *The Wall Street Journal*, 9 de enero de 1984.

<sup>13</sup> Desmond Ball, *Targeting for Strategic Deterrence*, International Institute for Strategic Studies, Londres, 1983 (Adelphi Paper, 185).